



## LA FIGURA DEL DOCTOR MIGUEL SILVA

**U**NO de los hombres más cultos e inteligentes que figuraron en la Revolución Constitucionalista, fué sin duda alguna el doctor Miguel Silva. Profesionista honorable y competente, funcionario popular y recto, abandonó su bienestar, su tranquilidad y su reposo para afiliarse a la Revolución Constitucionalista. Lo sorprendió el “cuartelazo” de 1913, siendo Gobernador de Michoacán, electo popularmente un año antes de ese trágico acontecimiento.

Es cierto que tenía el respaldo político de su pueblo. Mas le fué del todo imposible continuar desempeñando su elevado

cargo, cuando Victoriano Huerta ocupó la Presidencia de la República. En el mes de marzo de 1913, lo mandó llamar el Ministro de Gobernación, ingeniero García Granados, para recibir instrucciones, creyendo, seguramente, que no tardaría en secundar el movimiento rebelde iniciado en el norte del país. Al presentarse en el Ministerio de Gobernación, el ingeniero García Granados, le dijo:

—El general Huerta desea hablar con usted.

—En el acto voy a verle,—contestó el Gobernador de Michoacán. Y en efecto, momentos después se presentó ante el general Huerta, que había mandado aprehender en Morelia a varios elementos maderistas, entre ellos al general Martín Castrejón y a otros partidarios decididos del doctor Silva, y que le prestaban toda su ayuda y sus servicios eficaces al gobernador michoacano. El general Huerta estaba de pie, vestido de militar, arrastrando su espada por la alfombra, con sus anteojos oscuros, sobre los cuales sus ojos despedían llamas de indignación. Al ver al doctor Miguel Silva, le dijo con énfasis: “Voy a hacer que fusilen a todos esos

## SENDERS

maderistas que han sido aprehendidos en su Estado.”

—La historia, lo juzgará a usted severamente por ese acto, señor general,—contestó el doctor Miguel Silva, muy asombrado y contrariado.

—Sí la historia me juzgará a mí—respondió con altanería el general Huerta,—pero yo los juzgo primero a ellos.

El doctor Silva se retiró sumamente contrariado. Se despidió del general Huerta para no seguir discutiendo. No quería empeorar la penosa situación del general Castrejón y de los otros prisioneros michoacanos. Pero comprendió que ya no podía seguir gobernando el Estado de Michoacán. No le quedaba otro recurso que renunciar. Y renunciar con tacto, sin enojo ni altanerías, para no comprometer la vida del general Martín Castrejón, y sus compañeros, que fueron traídos de Morelia a esta Capital, y se les tenía presos e incomunicados en el antiguo Cuartel de San Pedro y San Pablo. El doctor Silva, hombre de gran corazón, no podía abandonar en las garras de Huerta a esos prisioneros, que eran sus fieles partidarios, y le habían ayudado eficazmente a escalar el gobierno de su Estado na-

tal. Hizo, pues, todas las gestiones necesarias para conseguir la libertad de esos hombres, y bajo la responsabilidad inmediata de él se les dejó libres; pero más tardaron en salir de la prisión, que en correr a Michoacán a levantarse en armas en contra del gobierno de Victoriano Huerta. Entonces el doctor Silva tuvo que ocultarse unos días en esta Capital para eludir las asechanzas y las persecuciones. Dos meses después abandonó su escondite para ir a incorporarse a la Revolución.

Llegó a Sonora a fines del mes de octubre de 1913, lleno, como siempre, de ilusiones y de esperanzas. Patriota esclarecido, no iba en busca de honores, ni de cargos, ni de riquezas. En el desempeño de su profesión podía obtener lo que deseara. Pero abandonó todo, para prestarle su valioso contingente a una causa que él creía justa. Era generoso como un niño; de una grandísima atracción personal, de cultura vasta y esmerada, de claro talento, de un trato exquisito y natural, que abría inmediatamente su alma a la amistad y a la simpatía. Se le quería y se le respetaba a la vez. No era un hombre de lucha, pero aportaba al movimiento constitucionalista las luces de su espíritu, sus

## S E N D E R O S

valiosos servicios profesionales, y sobre todo, el prestigio innegable de su nombre.

En su glorioso Estado natal era popular, pero más que popular querido. La popularidad es algo efímero, que no tiene hondas raíces y duración como cuando se conquista el amor de un pueblo por medio de obras grandes y desinteresadas. El doctor Silva consagró su vida a hacer el bien. Su profesión era un apostolado sublime. Acudían a Morelia a consultarle desde lejanas comarcas. Entraba a las casas humildes de los pobres como a los palacios suntuosos de los ricos. Jamás llegó a cobrarles a los menesterosos y a los necesitados. Al contrario, él les pagaba sus medicinas, y debajo de sus almohadas les dejaba dinero para cubrir las necesidades más apremiantes, y en seguida corría a su casa a suplicar que les enviaran alimentos a los enfermos desamparados. No había nadie que tocara a sus puertas, que no lo ayudara y lo protegiese. Su alma diáfana, como la mirada de un niño, estaba abierta para todos. ¡Hasta para sus propios enemigos!

Ese gobernante no sabía de odio ni de persecuciones. Cuando un funcionario pú-

MIGUEL ALESSIO ROBLES

como el viento ululante en las selvas. El funcionario saliente, que había sido el autor de esa frase, corrió a abrazar cariñosamente al nuevo gobernador de Michoacán, y le dijo: “¡Con razón ha conquistado usted el amor de todo un pueblo!”